

finita de pecados : jóven hay que si le pudiésemos contar todos los pecados que lleva en el alma por causa de la deshonestidad, alineados á cuatro de fondo llegarían mas allá de los límites del mar.

De este número prodigioso de pecados resulta lo que los teólogos llaman *costumbre ó hábito* de pecar, el cual coloca al impuro en una grandísima dificultad de enmendarse, y en una cási necesidad de perderse. Él concibe á veces algunos deseos de convertirse ; pero llevado de la *costumbre* continúa en pecar como antes : él en ciertos momentos aborrece su infame vicio, lo detesta, lo maldice ; pero el mal *hábito* no le deja desprenderse de él : él llega á fastidiarse de sí mismo, suspira, llora, confiesa ; pero á pocos dias de confesado, tal vez á pocas horas, repite lo mismo que acaba de confesar. Esta fatal experiencia de su miseria le quita toda esperanza de enmendarse jamás ; y medio desesperado dice para sí : ¿de qué me sirve arrepentirme, si nunca persevero ? ¿qué me aprovecha confesarme, si siempre vuelvo á lo mismo ? Este es pleito perdido, de consiguiente vamos viviendo así ; y ya que hemos de condenarnos, condenémonos saciados de placeres.

Héos pues, fieles míos, el horrible término á que conduce aquel vicio que el mundo llama pasión natural, flaqueza perdonable, pecado frívolo. Yo no concederé jamás al impuro que su mal sea sin remedio, no. Siempre que él quiera sinceramente sujetarse á la curación ; siempre que se decida á hacer una confesion buena, á entregarse á un caritativo director, á dejar las ocasiones, á frecuentar Sacramentos, á encomendarse de veras á Dios y á su santísima Madre, reconocerá que su mal no es incurable. El punto está en que quiera hacerlo : la dificultad consiste en que quiera sujetarse á estos remedios indispensables...

Lo que importa es prevenir el mal antes de contraerle. Y así si vosotros, ó mis amados jóvenes, manteneis todavía cándido el hermoso lirio de la pureza, de veras os encargo procureis guardarlo bien. Encomendaos de corazón á María santísima, amable protectora de la castidad : dejaos ver á menudo en el confesonario : frecuentad la sagrada Comunión : apartad con cuidado toda ocasión y peligro : mortificad los sentidos : pelead con la carne y sus pasiones, y en el cielo recibiréis la palma de vuestros triunfos. Amen.

PLÁTICA XIII.

EL POR QUÉ DEL NACIMIENTO DE JESÚS.—REMEDIOS PARA LA LASCIVIA.

Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri erudiens nos, ut abnegantes sæcularia desideria, sobriè vivamus in hoc sæculo. (*Tit.* 11, 11, 12).

Con la explicación de la Encarnación y nacimiento de Jesucristo parece quedaba dicho cuanto hay que decir sobre el tercer artículo del Símbolo ; no obstante queda por explicar una doctrina á mi juicio muy necesaria, cual es el fin que se propuso el Hijo de Dios viniendo al mundo y naciendo hombre. El Símbolo apostólico nada nos dice expresamente sobre el particular ; pero bien nos lo dice el Símbolo de la Misa con aquellas palabras : *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cælis, et incarnatus est de Spiritu Sancto, natus ex Maria virgine*, que quieren decir, Jesucristo bajó del cielo, se encarnó y nació de María vírgen por causa de

nosotros hombres y por causa de nuestra salud. Este fue el fin primario y principal ; pero no fue el único, y dos razones lo demuestran.

Primeramente la venida de Jesucristo á redimirnos solo era necesaria en la suposicion que Dios quisiese de nosotros una satisfaccion cabal por nuestras culpas ; porque esta debiendo ser proporcionada á la ofensa, y de consiguiente infinita como la ofensa misma, no se podia dar sino por un Dios humanado. Pero ¿no hubiera Dios podido independientemente de tal condicion concedernos el perdon y la gracia? Ciertamente que sí. Así como nos habia criado con una sola palabra, con una sola palabra nos podia salvar. Suponiendo aun que nuestra redencion no pudiese verificarse sino por medio de una satisfaccion infinita ofrecida á Dios, todavía no se ve la necesidad de aquel gran cúmulo de penas á que Jesucristo quiso sujetarse naciendo hombre.

Siendo todas las acciones de Jesucristo de un valor infinito por la infinita dignidad de la divina Persona, la menor de sus humillaciones bastaba para nuestra redencion ; una lágrima, un suspiro, una súplica, todo era suficiente para aplacar á Dios, satisfacer á su justicia, y salvar al género humano. ¿Por qué, pues, ha querido él nacer sujeto á tantas humillaciones y padecimientos, si nosotros con menos trabajo podíamos ser redimidos? Estas reflexiones me precisan á sentar, que Jesucristo al nacer hombre, y sujeto á tantas penas, se propuso conseguir algun otro fin á mas de nuestra redencion. Cuál haya sido este fin, es lo que trato de declarar, para deducir de aquí un punto gravísimo de moral cristiana.

San Pablo nos asegura, que Jesucristo naciendo hombre ha aparecido entre nosotros como maestro que viene á enseñarnos á renunciar los deseos del siglo y á vivir sóbriamen-

te en este mundo : *Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri... erudiens nos, ut abnegantes... sæcularia desideria sobriè vivamus in hoc sæculo*. Con su nacimiento ha querido señaladamente enseñarnos á combatir aquella triple concupiscencia que, segun san Juan, causa la condenacion de la mayor parte de los hombres, á saber : el amor excesivo de las riquezas, de los honores y de los placeres de la carne : *Omne quod est in mundo, concupiscentia carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitæ*.

Para enseñarnos á combatir el amor excesivo á las riquezas, nace pobre, pobrísimo, y en una absoluta falta de todo : su palacio es una miserable cabaña, su lecho un monton de heno, su trono un establo, sus adornos unos pobres pañales. Para enseñarnos el desprecio de los honores nace humilde, humildísimo, y en el estado mas abyecto que pueda concebirse ; nace en despoblado en medio de bestias, desconocido de todo el mundo. Para enseñarnos á reprimir los deseos de la carne, nace entre las mayores penas y sufrimientos : érase en lo mas crudo del invierno, y no tenia una chispa de fuego para calentarse ; érase en la hora mas inclemente de la noche, y tenia que estarse expuesto al aire mas rígido y helado ; érase en la edad mas tierna y delicada, y estábase recostado sobre un duro pesebre. ¡Oh qué lecciones!

Ved pues, hijos míos, uno de los adorables fines que se propuso el Hijo de Dios al nacer hombre : se propuso enseñarnos con sus penas y dolores á reprimir los deseos de la carne, á privarnos de los placeres culpables, á poner freno á esa pasion indómita de la deshonestidad. Si vosotros comovidos con la vista de las penas que él sufre en su nacimiento, deseais renunciar á las culpables satisfacciones del cuerpo y curar del vicio deshonesto, escuchadme hoy con

atencion, que vengo á daros remedios seguros para conseguirlo.

Aunque el vicio deshonesto sea el mas maligno de todos los vicios ; aunque su curacion sea mas ardua y dificil que la de cualquier otro, segun el cuadro que de él os presenté el otro dia ; no obstante no debeis reputarlo como incurable en cualquier grado que le tengais, siempre que verdaderamente decididos á dejarlo, os resolvais á aplicar los remedios que hoy os indicaré. Estos remedios no pueden ser ni mas eficaces ni mas seguros ; pues están prescritos por Jesucristo médico soberano de nuestras almas.

Habiéndosele pedido en cierta ocasion que curase á un hombre que estaba poseido del demonio impuro, dijo estas notables palabras : Esta casta de demonios no se arroja sino con la oracion y el ayuno : *Hoc genus dæmoniorum non ejicitur nisi per orationem et jejunium*. Aquí teneis la receta que el Médico celestial ha prescrito para curar de la impureza ; ayuno y oracion, oracion y ayuno, por el cual no debeis entender la sola abstinencia del alimento corporal, sino todo aquello que en cualquier modo mortifica la carne y los sentidos.

La oracion, hijos mios, es el primer remedio que debeis aplicar : remedio necesario para todo mal, pero necesárisimo para este de que tratamos ; porque siendo él de una naturaleza tenaz y de una condicion terca, como dice santo Tomás : *vitium maximæ adhærentiæ* ; es tambien de mas dificil curacion. Es menester entendais que la castidad es un don que os ha de venir del cielo ; y que por lo mismo debeis pedirlo á Dios, y pedírselo incesantemente.

Oracion, pues, amados mios, oracion continua, humilde

y fervorosa. Particularmente en aquellos momentos en que la pasion se os desboca y asalta, ¡ah! entonces mas que nunca levantad vuestros ruegos al Señor, entonces echaos á sus piés con toda la humildad de vuestra alma ; entonces representadle con lágrimas vuestra extrema necesidad ; entonces supplicadle ardientemente venga á sosteneros con los auxilios eficaces de su gracia. Sin duda vuestros gemidos llegarán á oídos del Señor ; sin duda le enternecerán el corazon, y obtendrán de su bondad el socorro oportuno ; porque, como asegura el concilio de Trento, Dios no niega el don de la castidad á quien se lo pide en debida forma : *Deus donum castitatis rectè petentibus non denegat*.

Esta doctrina del santo Concilio os deja sin palabra á vosotros, cristianos impuros, que para excusaros de vuestras deshonestidades, salís siempre con el vano pretexto de vuestra fragilidad. Reprendidos por un celoso confesor por vuestros excesos bestiales, jamás sabeis decir otra cosa, sino que sois frágiles. Pero quisiera saber si habeis jamás pensado en acudir á Dios para que os dé las fuerzas que os faltan. ¿ Cuándo os habeis tomado la pena de pedirle el don de la continencia ? ¿ cuándo habeis hecho una sola súplica á María santísima para que os haga castos ? ¿ cuándo habeis vertido una sola lágrima á los piés de un Crucifijo implorando su misericordia ? Decidlo, decidlo : ¿ cuándo ? ¿ cuándo ? ... Pues si jamás os ha venido al pensamiento pedir á Dios que os ayude á destruir el vicio deshonesto, ¿ cómo teneis cara para excusaros con vuestra fragilidad ? Si frágiles sois, á la oracion, infelices, á la oracion á buscar fuerzas.

Pero aquí debo advertiros, que la oracion sola os resultaria infructuosa, si por otra parte no procurais apartar de vosotros todo lo que puede induciros á la impureza. Pedir á Dios

que os libre del fuego impuro, y luego suministrar pábulo á la llama para que arda, es una contradiccion, un desatino, una locura. Es menester, segun la enseñanza de Jesucristo, que á la oracion junteis el ayuno, es decir la mortificacion : quitando á la pasion impura toda especie de incentivo, y practicando lo conveniente para enflaquecerla y debilitarla.

Muchos son los incentivos de la impureza que vosotros debéis quitar : yo los recorreré rápidamente y como quien dice á la ligera. El primero y mas temible es la familiaridad con personas de otro sexo. Despues del pecado original, hombre y mujer han sido siempre el uno al otro ocasion de tropiezos y caidas. El Señor, que conoce bien la fragilidad del barro de que somos compuestos, ¿cuántos avisos, cuántas advertencias nos ha dado sobre este punto? Si te sucede, dice por el Eclesiástico, ver un corro de mujeres, guárdate de entretenerte en él : *In medio mulierum noli commorari* : y si vieres una sola, no te acerques á ella, ni menos aun te sientes á su lado : *Cum aliena muliere ne sedeas omninò*. Bien sé que estas advertencias deben entenderse con discrecion y no así materialmente como suenan ; pero cuando menos siempre indican, que se requiere gran prudencia tratar con personas de otro sexo : y que tratarlas con frecuencia, con muestras de afecto y confianza, como de ordinario sucede entre jóvenes, no puede ser jamás sin peligro inminente.

Pero la persona que yo trato, responde uno, no me trae ningun peligro : es tan buena, tan modesta, tan recatada, que los pintores pudieran sacar de ella una imágen de santa Catalina de Sena. A mas de que no hablamos cosa que esté fuera del órden ; conversamos sí, pero con toda prudencia y circunspeccion.—¡Ah hijos míos! Yo, para haceros favor, quiero creer que la persona es tal como la describís, y que

todo pasa entre vosotros con toda moderacion y decencia ; pero ¿sabráis vosotros decirme cuánto tiempo durará esta decencia y moderacion? ¡Ah! que si no se quita la familiaridad, no faltarán desgracias. Si no es la primera semana, si no es el primer mes, será el segundo, será el tercero, ó será mas adelante ; y aun puede ser que el demonio tome paciencia mucho tiempo para dar un golpe mas certero. Al principio podrá haber algun respeto y miramiento ; pero tras del respeto vendrá la mútua confianza, tras la confianza vendrá la pasion, tras la pasion la pérdida de la pureza. ¡Ay cuántos pudieran servir de triste ejemplo de esta verdad que predico!...

Otro incentivo de la impureza, que debéis apartar, es la ociosidad. Una persona ociosa es un milagro que no piense cosas malas : porque no teniendo otra distraccion, el entendimiento naturalmente se va á donde le lleva la inclinacion y el genio. Por esta razon nos dice el Espíritu Santo, que la ociosidad es un mal maestro que no puede enseñar sino cosas malas : *Multam malitiam docuit otiositas*. Por esto san Bernardo solia decir á sus monjes : Hijos, haced que cuando el demonio venga á tentaros, os halle siempre ocupados. ¡Oh cuántas menos serian vuestras tentaciones si practicáseis este documento!

Otro incentivo de la deshonestidad son los bailes, comedias y otros pasatiempos, que el mundo llama recreos honestos, y que los Santos llaman invenciones del demonio. Yo no vengo á decidir, si estas diversiones en el modo que hoy se practican deben reputarse por pecados mortales. Basta á mi intento poder asegurar, y esto es innegable, que son peligrosas, peligrosísimas, por ir siempre acompañadas de músicas, meneos y otras cosas las mas propias para excitar y conmovir el apetito sensual, y poner en desórden los deseos del cora-

zon. Yo apelo á vuestra propia conciencia : consultadla des-
apasionadamente, y ella os dirá que las diversiones mundanas
han sido el primer origen de vuestros desórdenes y disolucio-
nes. Ya sé que vosotros no lo reconocéis así, y que de ordi-
nario quien se lleva toda la culpa de los pecados impuros que
cometeis, es el demonio. ¡Pobre demonio! siempre la culpa
á tí, porque no puedes responder y defenderte. ¿Quereis que
os diga cuál es el demonio principal que os induce á pecar?
Es aquel jóven que tratais con tanta confianza ; es aquella
sala de baile á que infaliblemente asistís ; es aquel trato y
amistad que no quereis dejar. Estas, estas son las verda-
deras causas de vuestros pecados ; estos, estos los demonios
que debéis conjurar. Yo no digo que el demonio alguna vez
no intervenga con sus sugeriones ; pero tampoco debéis pen-
sar vosotros que siempre está de humor para veniros á ten-
tar : otros quebraderos de cabeza tiene. A mas de que, si por
vosotros mismos ya sabéis iros al infierno, ¿qué necesidad
tiene él de gastar el tiempo enseñándoos el camino?

Hasta aquí, hijos míos, habeis oido cuáles son los incenti-
vos que debéis quitar á la pasion impura ; ahora voy á deci-
ros en pocas palabras los medios positivos que debéis aplicar
para enflaquecerla y sujetarla. El primero es una regular fre-
cuencia de Sacramentos despues de haber hecho una buena
confesion general. Así como la confesion bien hecha debilita
los malos hábitos ; así frecuentada los destruye, dice santo
Tomás. Frecuentadla, pues, lo mas que podais : y no hagais
como hacen muchos, que no vuelven á confesarse hasta que
de nuevo han caido. ¡Oh qué error! Cuando advertís que el
espíritu comienza á desfallecer, y que las pasiones vuestras
vuelven á inquietarse, corred luego á confesaros, para ad-
quirir nuevas fuerzas con que resistir al enemigo.

Esta frecuencia de confesiones que os aconsejo, os resultará
mas eficaz y provechosa, si procurais hacerlas con un mismo
confesor. Muchos deshonestos tienen la máxima de mudar de
confesor todas las veces que van á confesar : para que su mal
hábito no sea conocido, van de confesonario en confesonario
en busca de sacerdotes que no los conozcan : hacen como cier-
tos pícaros que habitan en las grandes ciudades, que por no
ser descubiertos de la policía, mudan cada mes de domicilio.
Esto es un error, hijos míos. Si el confesor no conoce vues-
tras dolencias, ¿cómo aplicará el remedio oportuno? Si no
está versado en la direccion de vuestra alma, ¿cómo quereis
que la conduzca con seguridad? Elegid, pues, un confesor,
y procurad que sea sábio, prudente y celoso de vuestra sal-
vacion. Si es sábio, os conducirá con acierto ; si es prudente,
no os rechazará aunque vea vuestras flaquezas ; si es celoso,
os dirá francamente la verdad, sin tratar de complaceros ni
adularos.

Otro socorro muy poderoso hallaréis en la sagrada Co-
munion. La Comunion, dice santo Tomás, entre otros efectos
saludables tiene la virtud de calmar los ardores de la concu-
piscencia : *sedat animi concupiscentiam*, mediante la partici-
pacion del cuerpo inmaculado de Jesucristo. Así como el que
ha comido miel halla desagradable todo otro alimento ; así el
que gusta las dulzuras del Pan eucarístico cobra fastidio á
todo lo que sabe á carne. Por esto la Eucaristía es llamada
en la Escritura santa, *pan de elegidos*, y *vino que produce
vírgenes*.

La devocion á María santísima es otro medio que no debéis
olvidar. Bajo su amparo debéis acogeros, á la manera que los
polluelos se acogen bajo las alas de su madre para escapar
del gavilan. ¡Oh cuánto os enseñan estos animalitos! ~~A~~ sen-

tir que el gavilan alea por el aire, huyen aturcidos, buscan á la madre, y piando la llaman que venga en su ayuda : y ella viéndoles venir extiende las alas, les abriga con ellas, y de este modo les defiende y les salva. Esta es una imágen de lo que hace María santísima con aquellos que perseguidos del gavilan de la impureza corren á su amparo. Quien la busca la halla, y quien la halla nada tiene que temer.

Por último os servirá mucho al intento hacer alguna mortificacion corporal acompañada de algunas reflexiones sobre las máximas eternas. *Memorare novissima tua*, dice el Espíritu Santo ; acuérdate de la muerte, juicio, infierno y eternidad, *et in æternum non peccabis*, y nunca jamás pecarás.

Estos son, fieles míos, los principales remedios que debeis aplicar contra el vicio de la impureza. Siempre que vosotros los practiqueis con exactitud y perseverancia, por envejecido que tengais este vicio, no podrá menos que ceder á su eficacia. Estos remedios están comprobados por la experiencia de cuantos los han puesto en práctica, y lo que es mas son prescritos casi todos por el mismo Jesucristo médico divino de nuestras dolencias espirituales. Practicadlos, pues, con puntualidad y constancia, y no tardaréis en veros libres de este pecado maligno y de la eterna perdicion á que conduce. Amen.

PLÁTICA XIV.

LA PASION DE JESUCRISTO.—EL PECADO EN EL CRISTIANO.

Ipse vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra. (*Isai. LIII, 5*).

Entramos, hijos míos, á la explicacion del cuarto artículo del Símbolo, en el cual se nos dice, que Jesucristo *padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, fue crucificado, muerto y sepultado*. No es de este lugar referir la historia circunstanciada de la pasion y muerte de Jesucristo, la que supongo sabeis al menos en cuanto á los principales pasajes ; sino dar alguna luz sobre cada una de las palabras que componen el presente artículo.

La primera nos dice que Jesucristo *padeció*. Aquí se presenta desde luego una dificultad. ¿Cómo pudo Jesucristo padecer siendo Dios? Respondo, que como Dios no pudo padecer ; pero sí como hombre. No padeció la divinidad ; pero sí la humanidad. Con todo decimos que Dios padeció, y decimos bien ; porque la persona era verdaderamente divina, bien que solo padeciese en la naturaleza humana.

Dice el artículo, que Jesucristo *padeció bajo el poder de Poncio Pilatos*. ¿Por qué se hace aquí mencion de este malvado? Para mayor certeza de la verdad ; para señalar la época en que se verificó la pasion de Jesucristo ; para que los incrédulos, que no se fian de los sagrados Evangelistas, puedan, si gustan, informarse en otros historiadores, si es verdad que en tiempo de Poncio Pilatos fuese crucificado en Jerusalem un